

LAS GRIETAS DEL SISTEMA DE GOBIERNO

MIRZA HERNÁNDEZ

Tiene veinte años y no conoce a otra persona a quien le pueda relatar lo que le ocurrió. Desafortunadamente, ella no es la única a quien esto le ha pasado. Mirza es parte de esa desafortunada población: la población afectada por la ley de la deportación e inmigración. A los catorce años su vida cambió para siempre. En ese tiempo ella no sabía que este cambio era una bendición, sino, una desgracia. Su madre fue humillada, encarcelada, y deportada. Desde niña, su madre tuvo que luchar por una vida mejor de lo que le ofrecía su hogar. Ella emigró desde Guatemala hasta los Estados Unidos cuando tenía quince años de edad. Ella es una inspiración, ella es la mujer más trabajadora que conoce y a quien le debe todo. Ella era quien tenía que proteger y guiar a Mirza en este mundo lleno de locura.

Cuando fue deportada dejó atrás a sus cuatro hijos. Ellos cayeron a través de las grietas del sistema de gobierno. Fueron desalojados de su apartamento por no poder pagar la renta. Por dos años vivieron con la constante preocupación de estar sin techo. Su hermano menor tenía diez años cuando su madre fue deportada a Guatemala. Por un año, Mirza y sus dos hermanos mayores pasaron diciéndole a su hermanito que su mamá estaba de vacaciones y por eso ella no estaba con él. Cada vez que les preguntaba dónde estaba su mamá y cuándo regresaría, se escondían las lágrimas. Ellos mismos eran niños y no sabían cómo decirle la verdad. En sus mentes, era mejor que él no supiera dónde estaba su mamá. Por dos años el hermanito de Mirza no podía dormirse sin su mamá y ella, como la hermana mayor, ocupó el lugar de su mamá.

Lo más duro de todo esto fue la realización de que su mamá no regresara y que iban a terminar en una casa de acogida. El año que ella pasó encarcelada fue el tiempo más difícil para Mirza. Su maestro de español, Javier, la llevaba cada dos semanas a la cárcel para visitar a su mamá. Se sentaban en la sala de visita por dos horas hasta que llamaban el nombre de su mamá, "Mirza Álvarez". Cada vez que escuchaba su nombre sentía que la garganta se le caía hasta el estómago. No había una sola vez que no llorara cuando veía esa sonrisa. Cuando le pregunté a Mirza que era lo que más extrañaba, ella me dijo que lo que más extrañaba era lo feliz que ellos eran antes de que todo esto les hubiera ocurrido.